

terra. Desde los primeros tiempos de su expatriación le vemos dar á luz sus *Memorias de un hombre de calidad*, un volumen de la *Historia universal* traducida de la del presidente de Thou, una *Historia metálica del reino de los Países Bajos*, igualmente traducida. Sucesivamente fué publicando, primero *Cléveland*, despues *Manon*, luego *El pro y el contra*, cuya publicación empezada en 1733 no se acabó hasta 1740. Ya estaba Prévost de vuelta en Francia cuando publicó *El Dean de Killerine* en 1736. Como esto no es un inventario exacto, ni siquiera un juicio general de los numerosos escritos del autor que nos ocupa, sólo nos detendremos en los que nos ayuden á pintarlo.

Las *Memorias de un hombre de calidad* se nos figura sin contradicción, *Manon* aparte (1), la más natural, la más franca, la mejor conservada de las novelas del abate Prévost; en ella, no habiéndose lanzado aún á lo romántico y á lo imaginario, se atiene, se ajusta más á lo que ha sentido él mismo y á lo que ha observado alrededor. En sus novelas posteriores se ciñe ménos á la realidad, se pierde en espacios considerables, presenta personajes de ultramar que colma de caracteres híbridos y cuya verosimilitud, muy contestable ya entonces, no soportaría hoy una sola ojeada de la crítica. En las *Memorias* sucede lo contrario, pues traza con perfección y sin pensarlo siquiera las maneras y los sentimientos de la buena sociedad de las postrimerías del siglo de Luis XIV.

No se encuentra en el citado libro del abate Prévost el lado satírico preferido por Le Sage; no se ve la grosería y la licencia que aparecían por doquiera bajo la ostentosa y brillante superficie de aquel célebre reinado. Exceptúo *Manon* y su París del tiempo del *Sistema*, su París del vicio y la corrupción, donde se amontonan todas las inmundicias, aunque, notadlo bien, sin propósito de hacerlas resaltar, sólo ocasionalmente, y de un extremo al otro iluminadas por el mismo sentimental reflejo.

La sociedad habitual de Prévost, la que presenta al público, es la honrada y decente; es la sociedad fina, galante, política, vista algo de lejos por un hombre que, despues de haberla frecuentado un poco, la echaba mucho de ménos en el fondo de una provincia ó en el rincón

(1) *Manon Lescaut*, en realidad, no es sino un bello episodio por post-scriptum de las citadas *Memorias*.

de un claustro; es, en fin, la sociedad del honor tal como Luis XIV habría querido fijarla, como Boileau y Racine nos dieron el ideal.

La novela de Prévost — sí, su novela — no obstante la mujercilla y el estafador que conocéis, procede en línea recta de la *Astrea*, de la *Clelia*, de las de madama Lafayette. De composición, de arte, no existe ni sombra en su primera obra ni tampoco en las siguientes; el marqués relata lo que le ha sucedido á él personalmente y lo que los otros le han contado; todo esto mezclado, sin plan ni proporciones. El estilo es delicioso, rápido, distribuido al azar, con un instinto de gusto incuestionable; salvando de un salto los caminos, los intervalos y los preámbulos: todo lo que hoy describiríamos; saltando sobre todos los detalles como, por ejemplo, cuando á bordo de un barco pasa por *una infinidad de cables y de instrumentos de mar* sin desear siquiera conocer el nombre de ninguno, y, en su ignorancia extraordinaria, desarrollando mil veces y profusamente renovando escenas de sentimiento de las cuales hay algunas, las más conmovedoras, que son cuadros sin marco.

La obra consta de dos partes bien deslindadas; pero el autor, viendo el éxito de la una, le añadió la otra. En la primera, que es la más breve, despues de haber moralizado al principio sobre las grandes pasiones, de haberlas distinguido de la pura concupiscencia, de haberse esforzado en conocer un designio particular de la Providencia para fines incógnitos, refiere el marqués las desdichas de su padre, las suyas propias, sus viajes á Inglaterra y á Alemania, su cautiverio en Turquía (1), la muerte de su cara Zelima, con quien en Turquía se había casado y á quien trajo á Roma. El dolor inconsolable de tamaña

(1) Cuando estaba cautivo entre los turcos, Salem su dueño quiso convertirle al Corán, y como el marqués era buen cristiano, se indignó con la sensual impureza que sancionaba Mahoma; pero Salem le hizo este original razonamiento: « Dios no ha querido revelarse á los hombres de una sola vez. Su primera ley, que es la de los judíos, no les proponía por móvil ni les otorgaba por recompensa más que placeres carnales y groseros goces. La ley de los cristianos que siguió á la de los judíos, era mucho más perfecta, porque lo concedía todo al espíritu que es superior al cuerpo... Dios quiso hacer pasar á los hombres por este segundo estado... Ahora, por fin, ya no se trata de los goces del cuerpo como entre los judíos, ni de los bienes espirituales como en el Evangelio de los cristianos; es la felicidad del cuerpo y del espíritu lo que promete el Corán á los creyentes. »

No deja de ser curioso el que Salem, esto es, nuestro abate Prévost, concibiera una manera de unir la ley judía y la cristiana en el seno de la ley musulmana,

pérdida fué lo que le hizo decir con acento de ingenua convicción mucho más penetrante que nuestras oscuridades fastuosas :

« Si las lágrimas y los suspiros no pueden llevar el nombre de placer, es indudable que tienen una dulzura infinita para una persona afligida mortalmente (1). »

Lanzado por su desesperación al seno de la religión en la abadía de... el marqués vive en ella por espacio de tres años hasta que de allí le saca á fuerza de violencias cariñosas el señor duque de... que le conjura á servir de guía á un hijo suyo en diferentes viajes. Salen, pues, para España, visitan en seguida Portugal é Inglaterra, el viejo marqués con el nombre de M. de Renoncour, el jóven hijo del duque con el de marqués de Rosemont. Los consejos del mentor á su discípulo, sus continuos y respetuosos cuidados por *la gloria del amable marqués*, las lecturas que le recomienda ó le permite, el porqué le prohíbe la lengua española, su encargo de que el estudio no se convierta en pasión, los esclarecimientos que le da sobre las inclinaciones de los sexos y las rarezas del corazón; todos estos detalles tienen en la novela un sabor acentuadísimo que, por el sentimiento de las costumbres de entónces, hace más con poco esfuerzo que podrían hacer nuestros alardes de color local. El amor del jóven marqués por doña Diana, el asesinato de esta beldad y, sobre todo, el casamiento en el lecho de muerte, son de un interés que en el orden novelesco responde al de *Berenice* en la tragedia.

Después del viaje á España y Portugal y durante la travesía con rumbo á Holanda, M. de Renoncour se encuentra inopinadamente en la misma embarcación á sus dos sobrinos los hijos de Amulen, hermano de Zelima. Al llegar á tierra encuentra á su cuñado en persona, y ambos se cuentan sus vicisitudes desde la separación. Entre algunas otras particularidades, se habla de cierta Oscina á quien Amulen ha prometido, sin que ella haya aceptado, *ser una de las personas más*

valiéndose de un razonamiento parecido al que acaba de ser tan atrevidamente presentado en nuestros días por el sansimonismo.

N. del A.

(1) Esto me recuerda lo que he leído en las cartas de la señorita Aïssé (1728): « Hay aquí un libro nuevo intitulado *Memorias de un hombre de calidad retirado del mundo*. No vale gran cosa; pero tiene 190 páginas que se leen llorando »

¿ Ciento noventa páginas que se leen llorando le parece poco á la señorita Aïssé?

N. del A.

felices de Asia. En cuanto á los hijos de Amulen y sobrinos de Renoncour, resulta al llegar á tierra que el más interesante no es hijo sino hija, no es sobrino sino sobrina. La habían disfrazado de hombre para mayor seguridad en el viaje; pero el marqués, tan triste desde la muerte de su Diana, no se fijó en aquel lazo inocente; de lo que resultó que, á fuerza de querer á su jóven amigo Memiscés, llegó á ser sin saberlo infiel á la memoria de la que tanto había llorado. Estos personajes, en general, son olvidadizos, tornadizos, dados á sus impresiones y de un *dejarlo-correr* que por momentos hace sonreír; el amor les viene de repente, en un abrir y cerrar de ojos, como á los ociosos y á las almas inocuadas; tienen sueños maravillosos; dan ó reciben estocadas con la más increíble prontitud; se curan con polvos ó ungüentos secretos; se desvanecen y reaparecen como por encanto á cada acceso de dolor ó de alegría — Es el tipo del caballero de aquel tiempo lo arreglado á su antojo por el novelista. El jóven Rosemont en el más alto rango, el caballero de Grioux hasta en la última abyección, conservan los caracteres esenciales de aquel tipo. El primero, no obstante sus apasionados arrebatos y dos ó tres homicidios involuntarios, prelude todos los honores y todas las virtudes de un Grandisson; el último, á pesar de sus estafas y de un asesinato, sigue siendo el más agradable por su presencia y el más honesto de los infortunados. La demarcación entre los dos marqueses, entre el que es simplemente un hombre de calidad y el que es hijo de duque, está perfectamente deslindada; la prerogativa ducal descuella en todo el esplendor de la preocupación. El desconcierto del buen M. de Renoncour cuando su discípulo quiere casarse con su sobrina; las observaciones que dirige á la muchacha diciéndole del jóven: *¿habéis olvidado lo que es?* su recurso, pérdida la esperanza, al padre del marqués, al noble duque; la natural altivez con que este se entera del asunto, pareciéndole demasiado imposible, tratándolo con una ligereza de gran tono que sería para nosotros suprema impertinencia; todos aquellos rasgos que la edad ha hecho parecer intencionados, no suponen esfuerzo en el abate Prévost, no encerraban malicia, brotaban sin intención de su pluma indulgente. Lo mismo decimos de la inclinación del viejo marqués á milady R.... Prévost no quiso más que hacer á su héroe perplejo é interesante: lo cómico lo ha des-

lizado sin querer; un cómico delicado, ameno, que el respeto domina, que la ternura templada, como se encuentra en Goldsmith en el personaje excelente de Primrose (1).

Cléveland me gusta ménos que las *Memorias de un hombre de calidad*; sus contemporáneos serian tal vez de otra opinion; las inverosimilitudes, las quimeras, hacen hoy la lectura de *Cléveland* casi tan insulsa como la de *Amadis*. Ya no podemos contentarnos con aquella geografía fabulosa, con aquella naturaleza de *Píramo y Tisbe*, llena de rocas, de grutas y de salvajes. Lo que siempre será bello son los razonamientos de filosófica melancolía que se hacen *Cléveland* y el conde de Clarendon. El exámen psicológico á que se aplica el héroe al comienzo del libro sexto, nos muestra la rectitud luminosa, la elevación serena de las ideas, compatibles con las consecuencias prácticas más áridas y más amargas. La impotencia de la filosofía solitaria en presencia de los males reales, está puesta en evidencia; la tentativa de suicidio por la que concluye *Cléveland*, expresa para nosotros de una manera visible una moralidad más profunda, me atrevo á asegurarlo, de lo que entónces le parecia al autor.

En cuanto al *Dean de Killerine*, la última en fecha de las tres grandes novelas de Prévost, es una lectura, aunque lánguida á veces, sumamente agradable poniendo el lector un poco de buena voluntad. El buen dean, personaje ridículo con sus dos corcovas, sus piernas torcidas y su verruga en la frente, embarazado con la tutela de sus hermanos menores y de una hermana bonita, me hace el efecto de una gallina que, por equivocación, hubiera empollado patos. No cesa de viajar de Dublin á París, buscando á uno ó á otro que se le ha escapado al estanque del mundo. Semejante género de vida, que le conviene poco, le crea situaciones á cual más divertida para nosotros, si no para él, como en aquella escena con una coqueta que intenta seducirle, ó bien cuando en la cita nocturna en que hace de mujer recibe, á pesar suyo, los apasionados besos del amante, que no ve gota. El abate Desfontaines, en sus *Observaciones sobre los Escritos modernos*, entre justas críticas del plan é inverosimilitudes de la obra, es demasiado severo con el buen dean tratándole de personaje chabacano tan

(1) *The Vicar of Weckfield*, novela de Goldsmith que hacía furor en tiempo de N. del T.

insoportable para el lector como para su familia. Lo que es á su familia, no respondo de que agradará siempre el celo del tutor; pero nosotros que no estamos enamorados no podemos enfadarnos cuando nos dice: « Le demostré con un razonamiento sin réplica que lo que él llamaba amor invencible, constancia inviolable, fidelidad necesaria, son otras tantas quimeras que la religion y aún la naturaleza no conocen en semejante sentido. » Á pesar de las demostraciones del dean, las pasiones de aquellas lindas parejas seguian su curso y se iban complicando; la amable Rosa no sostenia ménos ante su hermano Patricio, con su lógica sentimental, que á despecho de la suerte que le separaba de su amante eran, él y ella, dignos de envidia, *pues las penas causadas por la fidelidad y la ternura merecen el nombre de felicidad*. Por lo demas, *El Dean de Killerine* es acaso de todas las novelas de Prévost la que mejor descubre su manera de componer un libro. No compone con una idea ni persiguiendo un objetivo; se deja llevar por la corriente de los sucesos que se van enlazando al brotar de su imaginación, y por los sentimientos que serpentean al rededor de los hechos como los arroyos en torno de los valles.

El Pro y el Contra, « obra periódica de un gusto nuevo, en la que se explica libremente sobre lo que puede interesar la curiosidad del público en materia de ciencias, artes, libros, etc., etc., sin tomar ningun partido ni ofender á nadie, » fué concienzudamente fiel á su título. Se asemeja por la forma á los periódicos ingleses de Addison, de Steele, de Johnson; ménos limado, pero rebosando sentido, instrucción sólida y candor. No deben atribuirse á Prévost ciertos números de su continuador Lefebvre de Saint-Marc y del plagiario Desfontaines.

En *El Pro y el Contra* se juzga y analiza la literatura inglesa en la persona de los más afamados escritores. Se ven allí noticias detalladas de Roscommon, Rochester, Dennys, Wicherley, Savage; juicios inteligentes y copiosos de Shakespeare; una traducción del *Marco-Antonio* de Dryden y otra de una comedia de Steele. Prévost habia estado en Inglaterra y era admirador de sus costumbres, de su política, de sus mujeres y de su teatro. Las obras, entónces nuevas, de Le Sage, de madama de Tencin, de Crébillon hijo, de Marivaux, son criticadas por su rival, á medida que aparecen, con una seguridad de gusto que se apoya en la base de la benevolencia; nótese la preferencia que otorga

á los antiguos, á Urfé, á la misma Scudéry, y con que sentimiento recordaba *aquellas novelas tan extensas, aquellas composiciones deliciosas*; pero no hay en parte alguna la más mínima huella de susceptibilidad literaria ni de celos de oficio. Ni teme en ocasiones (generosidad que costará trabajo comprender), citar por sus nombres y con elogio los periódicos de su tiempo *El Mercurio de Francia* y el *Verdun*. En compensacion, cuando Prévost habla de sí mismo y de sus libros lo hace tambien sin que le arredre elogiarse. En el número 36 del tomo III encuentro una reseña de *Manon Lescaut*, terminada así:

«... ¡ Cuántos prodigios de arte no han sido necesarios para interesar al lector, inspirándole compasion por las funestas desgracias que le ocurren á una mujer corrompida!

»... El carácter de Tiberge, amigo del caballero, es admirable... No quiero decir nada del estilo de esta obra, que está escrita sin jerigonza ni afectacion ni reflexiones sofisticas; es la naturaleza escribiendo. ¡ Cuán desabrido parece en comparacion un autor que se esmera y acicala! Este no corre tras el ingénio, ó, por decirlo mejor, tras lo que se llama así. No es un estilo forzado, sino corriente, lleno y expresivo. En todas partes pinturas y sentimientos, pero pinturas verdaderas y sentimientos naturales (1). »

Una ó dos veces tuvo Prévost que acudir al terreno de la defensa personal, saliendo del paso con dignidad y mesura. Atacado por un jesuíta del *Journal de Trévoux* con motivo de un artículo acerca de Ramsay, replicó tan cuerdamente que los jesuítas reconocieron su error. Hizose cargo con más energía de las calumnias del abate Len-

(1) No está probado que estos juicios sean de la pluma de Prévost, pues el número en que aparecieron vió la luz cuando nuestro autor se hallaba en Inglaterra. La crítica no ha esclarecido este punto suficientemente.

De todos modos el hecho no tendria nada de particular. Ciertas modestias parecen máscara de hipocresía. Walter Scott ha escrito sin escrúpulo artículos laudatorios de sus propias novelas; y un gran número de elogios, *bombos* como ahora se dice, que han asentado la reputacion de muchos hombres célebres contemporáneos, han sido escritos ó pagados por los interesados en persona.

El eminente crítico Sainte-Beuve, que no ha tenido sucesor á la fecha en que escribimos, no atribuye á Prévost gratuita y arbitrariamente los elogios que cita; fúndase en que el autor declaró suyos los números de una serie en la que está comprendido el juicio sobre *Manon Lescaut*; pero ni áun esto prueba de una manera fehaciente que fueran suyos todos y cada uno de aquellos trabajos.

N. del T.

glet-Dufresnoy, porque así lo exigia su justificacion moral. Y por cierto que á la necesidad en que se vió de acentuar su defensa, debemos algunos datos de que hemos hecho uso para reseñar los acontecimientos de su vida. Lo que no hemos dicho, aunque tambien resulta (si bien de un modo mas vago) de la defensa en cuestion, es que Prévost no se curó en Holanda de aquella inclinacion á la ternura que le produjo tantos sinsabores. Su figura y sus modales habian cautivado el corazon de una señorita protestante, de muy buena familia, que se queria casar con él. *Para sustraerse á aquella pasion indiscreta*, añade su biógrafo de 1764, pasó Prévost á Inglaterra. Pero como se llevó consigo á la señorita enamorada, podemos conjeturar que sólo se defendió á medias de tan furiosa pasion. Lenglet-Dufresnoy le habia acusado brutalmente de haberse dejado arrastrar por una hermosa. Prévost contestó que tales raptos sólo sentaban bien á los *Medoro* y á los *Renaud*, y expuso á manera de refutacion el retrato siguiente de sí mismo trazado por su pluma:

« Este *Medoro* tan querido de las bellas, es un hombre de treinta y siete á treinta y ocho años que lleva en su rostro y en su humor las huellas inequívocas de sus pasadas penas; que está semanas enteras en su gabinete y emplea en el estudio de siete á ocho horas cada día; que busca rara vez ocasion de regocijo y suele resistir á las que se le ofrecen, pues prefiere una hora de conversacion con un amigo dotado de buen sentido á todo lo que se llama *placeres del mundo* y agradables pasatiempos: civil, ciertamente, por efecto de una excelente educacion, pero poco galante; de humor dulce, pero melancólico; sobrio, en fin, y arreglado en su conducta. Me he pintado fielmente, sin cuidarme de si este retrato mortifica ó lisonjea mi amor propio. »

En *El Pro y el Contra* hay una multitud de anécdotas del día, de hechos singulares, verdaderos esbozos y materiales de novela; la historia de doña María y la vida del duque de Riperdá son los más notables. Un sabio inglés, M. Hooker, se complació en una publicacion de su país desenvolviendo una comparacion ingeniosa del antiguo retiro de Casiodoro con la *Arcadia* de Felipe Sidney. Casiodoro, viejo ya, se retiró al monasterio de Viviers que él habia edificado en una de sus posesiones, y allí se entregó con sus religiosos al estudio de viejos manuscritos, al cultivo de la tierra y al ejercicio de la piedad.

Prévost se extiende complacientemente sobre las dulzuras de esta vida comun y á la par diversa; era con evidencia su ideal lo que el veía en el monasterio de Casiodoro; encontraba allí su Saint-Germain-des-Prés, su La Flèche, pero con más aire, con más sol; con más comodidad. En cuanto al parecido con la *Arcadia* que el escritor inglés señala no sin malicia, sólo diré que á Prévost no le ofendió poco ni mucho, pues estaba persuadido « de que en la *Arcadia* y en el país de Forez, con principios de justicia y caridad tales como la ficción los representa y con tan buenas costumbres como las que se les suponen á los habitantes, solamente les faltaban ideas de religion algo más justas para hacer de ellos gentes muy agradables al cielo. »

Al cabo de seis años de destierro obtuvo Prévost permiso para volver á Francia vistiendo el hábito eclesiástico secular. El cardenal de Bissy, que le habia conocido en San German, y el príncipe de Conti, le protegieron muy eficazmente; el último le nombró su capellan. Vuelto así á la vida normal y puesto al abrigo de las necesidades, compartió Prévost su tiempo siendo jóven todavía entre la composición de numerosas obras y el trato de la sociedad brillante, lo que le servía de grata distracción. El trabajo de escribir habia llegado á serle tan familiar que ya, para él, no era un trabajo; podia seguir una conversacion y dejar correr su pluma, todo á la vez. Debemos decir que los escritos voluminosos de la segunda mitad de su carrera se resienten de su extremada facilidad, convertida en costumbre. Que lo que emprenda sea una traducción de Richardson, de Hume, de Ciceron, ó que sea una novela original; que escriba una *Historia de Guillermo el Conquistador* ó una *Historia de los viajes*, el estilo es siempre el mismo, agradable pero monótono, deslizándose con rapidez para tomar los colores por la variedad de asuntos requeridos. Todas las diferencias se borran, todas las desigualdades se nivelan, todos los relieves se funden en su fácil vena de una elegancia invariable.

De sus últimas prolijas producciones sólo citaremos la *Historia de una griega moderna*, bonita novela cuyo pensamiento es tan delicado como indeterminado. Una jóven griega destinada al serrallo fué rescatada por un señor frances que quiso hacerla su manceba; la jóven resistió al amor del que la habia salvado, no siendo tal vez tan insensible para otros como para él; este *tal vez* que no se aclara, que no se

determina, discretamente empleado, contribuye en gran parte al interes; habia materia para una obra encantadora y sutil del gusto de Crébillon hijo: la de Prévost, aunque graciosa, está desempeñada muy al azar.

Prévost vivía feliz en el estudio, en medio de una escogida sociedad y en toda la calma de los sentidos, cuando un pequeño servicio de corrección hecho á un cronista satírico le comprometió, sin saber cómo, y le hizo emprender un nuevo viaje. Se refugió en Brusélas; pero esta desgracia inesperada fué de corta duración y le valió nuevos protectores. Á su vuelta recobró el destino de capellan del príncipe de Conti, quien le ocupó en reunir los materiales para la historia de su casa, y el canceller de Aguesseau, por su parte, le dió el encargo de redactar la *Historia general de los viajes* (1). Su desinterés entre tantas fuentes de favor y aún de riqueza no se desmintió; se negaba á aceptar combinaciones que le hubieran dado más provecho; abandonaba á su librero el fruto de sus obras, y se ha hecho notar que siempre vivió en buena inteligencia con él (¡ ya lo creo!). Hasta temo que se pusiera á merced de un especulador como tantos hombres de letras excesivamente abandonados. Prévost decia que le bastaban un jardín, una vaca y dos gallinas (2). Una casita que habia comprado en San Fermin, cerca de Chantilly, era su perspectiva de porvenir aquí abajo, horizonte limitado y riente al que meditaba confinar los días de su vejez. Un día, el 23 de Noviembre de 1763, se encaminaba solo á su casita, cuando un repentino ataque de apoplejía le hizo caer á tierra

(1) Al decir de Chamfort, el canceller de Aguesseau no le habia dado ántes licencia para imprimir los primeros tomos de *Cléveland*, sino con la condicion expresa de que el protagonista se hiciera católico en el último tomo.

N. del A.

(2) Juan Jacobo que hacia este mismo voto, pero que no se atenia á él, tuvo ocasion en sus principios de encontrarse á menudo con el abate Prévost en casa de un amigo de ambos, Mussard, en Passy. Habla de él en sus *Confesiones* (parte II, libro VIII), con un sentimiento de nostalgia por los momentos dichosos pasados en tan buena compañía. Enumerando los amigos distinguidos que se habia procurado el excelente Mussard, dice Juan Jacobo: « Á su cabeza pongo al abate Prévost, hombre muy amable y muy sencillo, cuyo corazón vivificaba sus escritos, dignos de la inmortalidad, y que no tenía nada en sociedad del colorido que sabia dar á sus obras. » Permitaseme creer que el abate Prévost habia tenido en su tiempo el *colorido* en la conversacion, pero que lo habia perdido envejeciendo.

N. del A.

sin conocimiento. Unos campesinos que pasaron le trasladaron al pueblo más vecino; un cirujano ignorante, creyéndole muerto, procedió á hacerle la autopsia. Vuelto en sí por el escalpelo, sólo recobró la vida para perderla entre sufrimientos horribles. Se encontró en su casa un papelito escrito por su mano, que contenía las pocas líneas siguientes :

« Tres obras que me ocuparán el resto de mis días en mi retiro :

« 1.ª Una de razonamiento : — la religion demostrada por lo que hay de más cierto en los conocimientos humanos ; método histórico y filosófico que supondrá la ruina de las objeciones ;

« 2.ª Otra histórica : — historia del proceder de Dios para el sostenimiento de la fe desde el origen del cristianismo ;

« 3.ª Y última, de moral : — el espíritu de la religion en el orden de la sociedad. »

Así acabó por una catástrofe digna del *Cléveland* aquella vida agitada y novelesca. Prévost pertenece en literatura á la generacion ya decadente, pero noble todavía, que siguió inmediatamente y puso fin á la época de Luis XIV. Es un escritor del siglo décimoséptimo en el decimooctavo ; es un abate Fleury en la novela ; es el contemporáneo de Le Sage, de Racine hijo, de Madama Lambert, del canceller Daguesseau, y en crítica de Desfontaines y de Lenglet-Dufresnoy. Pintores y escultores, ni los tuvo aquella generacion ni los echó de menos ; por todo músico tuvo al melodioso Rameau. En aquel declinamiento apacible destácase Prévost más vivamente que cualquiera de los otros. Anterior por su manera al reinado del análisis y de la filosofía, no por eso copia, debilitándolo, un género ilustrado por un gran predecesor ; su género es suyo. Entre dos grupos imponentes del uno y el otro siglo, no tiene nada de comun con uno ni con otro ; su gloria le pertenece. Él resucita con brillantez despues de Luis XIV, despues de aquella preciosa elaboracion de gusto y de sentimientos, lo que Urfé y la señorita de Scudéry habian desplegado prematuramente ; y aunque en él hay todavía mucho de convencional, de insípido y de quimérico, alcanza con frecuencia y hace entrar en las secretas vias de la verdadera naturaleza humana. En la serie de los pintores del corazon y de los amables moralistas, ocupa un lugar del que no podria desaparecer sin que se notara un gran vacío.

NOTA DE LA TRADUCCION.

El anterior artículo publicado por Sainte-Beuve en el mes de Setiembre de 1831, se puede decir que encierra la última palabra del gran crítico acerca de Prévost. No quiere decir esto que no diera á la prensa otros estudios sobre el autor de *Manon Lescaut* y *Cléveland* ; pero en ellos no modificó su primer juicio ni añadió nada esencial. Los omitimos, pues, seguros de que el lector no encontraria en la erudicion de que hace gala nuestro elocuente crítico nada que contradijera ni modificara sus primeras impresiones.

El segundo artículo que publicó Sainte-Beuve sobre el abate Prévost (3 de Julio de 1847), confirma exactamente los anteriores datos biográficos y bibliográficos y los comprueba con una porcion de cartas y documentos cuya traduccion no responde á nuestro objeto y haria demasiado extenso este trabajo.

El último artículo acerca de Prévost publicado por Sainte-Beuve, vió la luz el 7 de Noviembre de 1853. Enriquecido con nuevos instrumentos, no es sin embargo más que una ampliacion de los dos artículos primeros. Aunque suprimamos este artículo tercero como suprimimos el segundo, no resistimos á la tentacion de traducir el párrafo final, siquiera porque resume el juicio definitivo de Sainte-Beuve :

« Hombre bueno, atractivo, frágil, corazon tierno, talento natural, ingenio fácil, lengua excelente, pluma inagotable, inventor atrevido que supo ser una vez como por milagro copista inimitable de la pasion, tal fué el abate Prévost, á quien no debe juzgarse, pero á quien se vuelve á leer y á quien se ama. Lo que despierta no es tanto la admiracion como la simpatía ; leyéndolo se le otorga un perdon fraternal por fragilidades que son acaso las nuestras, aunque el orgullo las encubra y la hipocresía las sepa disimular. Todos los que en su juventud hayan concebido un ideal romántico y lo hayan visto marchitarse poco á poco y romperse por último bajo sus propios piés al avanzar en la senda de la vida ; todos los que, más ó ménos, hayan conocido los desengaños, los desvíos, los compromisos temerarios y las dificultades sin salida y no hayan tratado de hacerse una teoría ni un trono de sus faltas ; todos los que (y el número es muy grande) hayan pasado por las tribulaciones de la vida literaria, soportando el peso de abrumadoras cargas en vez del yugo ligero de las Musas ; todos esos tendrán para el abate Prévost el culto particular que se profesa á los antepasados. Dichoso él, y favorecido entre todos, en médio de tantos triunfos y labores y contrariedades, pues al fin ha encontrado algun destello de gloria. Dejemos la estatua para los hombres célebres que han caminado sobre esta tierra con paso firme, con autoridad ó con estrépito : para el hombre de letras, para el novelista, para los amantes del retiro á quienes la média sombra envuelve y casi protege, para esos conviene el busto ; y el del abate Prévost, colocado como lo está en el día, responde bien á lo que hubiera sido su más lisonjero voto y su más dulce esperanza. »

Para concluir, explicando á la par lo que precede, consignaremos que el 23 de Octubre de 1853, pocos días ántes de salir á luz el último artículo de Sainte-Beuve sobre el abate Prévost, se colocó en Hesdin y en la fachada del Ayuntamiento el busto en mármol de nuestra novelista, busto concedido al pueblo de su naturaleza por el gobierno de 1852 á propuesta del director de Bellas Artes.